

HOMBRES CON CUENTO

RELATOS DE ESCRITORES CHILENOS



Este proyecto ha sido financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, convocatoria 2012.

© Simplemente Editores

© **De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Arzobispo Casanova 36, Providencia.

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 211.081

ISBN: 978-956-8865-12-2

Compilador:

Max Valdés Avilés

Pintura portada:

Bruna Truffa

www.brunatruffa.com

Diseño y diagramación:

Jenny Contente G.

Impreso en:

Salesianos Impresores S.A.

Mayo, 2012.

Ch863.008

H764c Hombres con cuento: relatos de escritores chilenos

/ [Compilador: Max Valdés A.] —

1a. ed. —

Santiago de Chile: Simplemente Editores, 2011.

368 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-12-2

1.- Cuentos chilenos. I Valdés Avilés, Max. comp.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

HOMBRES CON CUENTO

RELATOS DE ESCRITORES
CHILENOS



SIMPLEMENTE
EDITORES

Índice

Clelia Stefans / Franklin Quevedo	9
Sonata de Avenida Matta / José Miguel Varas	17
La envidia, hermana / Poli Délano	31
Adelante, entre sin golpear / Fernando Jerez	41
Vuelta a las tablas / Ramiro Rivas	53
Hombre con el clavel en la boca / Antonio Skármeta	65
Cara, sello y canto / Rolando Rojo Redolés	75
La gran ignorada / Antonio Rojas Gómez	87
Volando bajo / Ariel Dorfman	95
Estación de tránsito / Francisco Simón Rivas	131
Los viajes del lunes / Omar Saavedra Santis	151
Los perfumes de Miranda / Guido Eytel	167
Emprendedores: Gorila Prieto y la cuchita / José Leandro Urbina	179
La niña de mano / Martín Faunes	185
El beso infinito / Darío Oses	193
Mortajas de rayón / Roberto Rivera	211
In extremis / Juan Mihovilovich	225
La edad del fuego / Carlos Iturra	233
Luz y sombra / Diego Muñoz Valenzuela	249
El último sobreviviente / Miguel de Loyola	269
Nos esperaba el viento / Jorge Carrasco	277
Paisaje desértico / Max Valdés Avilés	291
El caballero hidalgo / Marcelo Simonetti	311
Ángel / Aníbal Ricci Anduaga	321
Chitakelindo / Roberto Fuentes Morales	329
Noelia y el loco del violonchelo / Rodrigo Díaz Cortez	337
Jocelyn / Diego Muñoz González	351
La indemnización / Gianfranco Rolleri	359

Franklin Quevedo

Clelia Stefans

Franklin Quevedo (Linares, 1919).

Ha publicado los volúmenes de cuentos *Todos seremos rosados*, *Muñecas*, *militares y pececitos*; y *Regreso al valle del Paraíso*. Ha sido incluido en diversas antologías del cuento chileno. Distinguido en diversos certámenes literarios, entre ellos el Premio Alerce (1964) y Premio Pedro de Oña (1966). Pertenece al movimiento cultural que se conoce como la generación de 1938, que se expresa en el Frente Popular y en los gobiernos radicales en la década de 1930.

Clelia Stefans

El mes de María es una hermosa fiesta en el Convento de San Francisco. Sus altas naves de ladrillo cobijan no sólo a los muchachos y muchachas del Barón, sino también a los de los cerros vecinos.

Celebrándola, los adolescentes perdían la virginidad.

Las campanas de la torre rasgaban el aire del puerto con antigua sencillez. El crepúsculo reverberaba de aromas y de sonidos primaverales como un vendedor de remolinos en la plaza, mientras el verano atisbaba tras los cerros de Quintero. Verano de Valparaíso, inocente y promisorio como una liceana.

El coro sonaba en la Iglesia. Los invisibles vellos en los brazos de los adolescentes se estremecían igual que las teatinas en las lomas de los cerros.

¿Dónde estarás ahora, Clelia Stefans?

Subíamos en tropel la escalera del coro, para contemplar estáticos a los ángeles que desgranaban la Gloria con sus gargantas. Otras veces esperábamos al pie de la escala y las veíamos pasar. Las bonitas encendían la penumbra con sus sonrisas y nos palpaban el alma como la brisa roza la bahía en las tardes.

Así conocí a Clelia Stefans. El padre Marcos predicaba durante todo el mes contra Voltaire. Qué odio tan antiguo y tan tenaz. Las viejas de los conventillos repetían: ¡Volter! ¡Volter! Tal vez era el mismo demonio que el padre Marcos, tan sabio, prefería llamar así. No comprendíamos ni nos interesaban los espesos conceptos. Afuera, en lo alto, las campanas tañían y

nosotros perdíamos la timidez para mirar a las niñas, mientras el coro transformaba en cristales los ladrillos. Ellas percibían nuestra presencia y jugaban con el rabillo del ojo. Los cirios danzaban en los vitrales y un incendio morado cubría a muchos y muchachas.

Yo miraba a Clelia Stefans y todo era como un viento o como un río de esmeraldas encandilándome con sus verdes ojos.

Ella sólo me miraba a mí.

Los chiquillos, los pequeños, deseaban que terminara pronto el Mes de María y se iniciara la Novena del Niño, para soplar sus pitos y sus flautas estridentes, en medio del templo; qué lesos.

Cuando cerraba la noche y las estrellas cobraban toda su dimensión, las gigantescas mamparas del convento se abrían inundando el cerro de feligreses. Los muchachos se acercaban a las muchachas, se rehuían, se tocaban.

Esa noche, ella era sólo una esmeralda más oscura; desgraciadamente no pude observar bien dónde estaba, llevada y traída por la muchedumbre. Pero el Mes de María es largo, vendrían aún muchas noches.

En el nuevo crepúsculo, las azucenas, los gladiolos seguían inmaculados, bajo la cúpula de San Francisco.

Nos contemplamos largamente por encima de los reclinados feligreses, mientras el nombre de Voltaire, como un murciélago alucinado, chocaba y rebotaba contra los ladrillos.

Nos volvimos a perder. Pasaba y se desgajaba la gente, las viejas, los pescadores, los zapateros, los niños. La infelicidad, como un jíbaro, se iba reduciendo. Me tomaron de la mano y me condujeron fuera de la muchedumbre. A distancia y a salvo, nos miramos y sonreímos.

¿Con quién reirás ahora, Clelia Stefans?

Nos llamábamos el Lucho Acuña, el Nano Valdovinos, el Cucho Maturana, el Chico Pinto, el Flaco Guzmán, la Mercedes Gómez, la Consigna, la Hortensia Cáceres. Pero ella, ¿por qué se llamaba así? Clelia Stefans, un nombre más hermoso que el coro y las campanas.

Promediando el Mes de María, me besó. Según práctica rigurosa que había escuchado a los muchachos, le lancé la fórmula consagrada:

—Si está libre su corazón, ¿podría yo ocuparlo?

Se rió.

—Burrito —me dijo. La miré extrañado. Continuó riéndose.

¡Oh, Clelia Stefans; cuánto daño me hizo tu risa en mi juventud!

Mis amigos descubrieron el romance. Me dijeron que era una coqueta, una casquivana, que había tenido amores con muchos. Finalmente uno de los mayores afirmó que había sido suya. No comprendí, y cuando me explicó me lancé furioso contra él.

Algunos amigos me condujeron a una llave cercana, me lavaron y consolaron.

—Apenas lo encuentre me las pagaré —balbuceaba entre hipo—. Me pilló descuidado. Para la próxima lo mato, ¡lo mato!

—Sí, sí, mávalo, pero no llores más.

—No estoy llorando, es que tengo rabia.

Ascendí las callejuelas hasta mi casa. Poco a poco me fui sintiendo feliz: había combatido por ella.

Mi madre preguntó por qué venía tan colorado. Negué que hubiera sido una riña, pero a la mañana siguiente mi cara tenía un subido color morado.

Cuán dulces fueron las manos de Clelia esa noche y el bálsamo de sus labios en cada golpe.

Fui parco en mi relato, alguien había pretendido hablar mal de ella. En verdad tuve mis debilidades; me creyó el triunfador.

Sin duda Clelia me amaba profunda y apasionadamente. Cada vez me daba besos más prolongados. Se apretaba contra mí, me ahogaba y tiritaba con un miedo extraño. Día a día encontraba un placer más intenso en esos abrazos que parecían infinitos.

En mi casa, en el colegio, en todas partes permanecía callado, distante.

—El niño está enfermo —dijo mi madre.

—A lo mejor el tonto está enamorado —terció mi hermano mayor.

Tuve miedo de que descubrieran mi pecado.

Recorríamos tomados de la mano las calles adyacentes al convento. En cada zaguán, portal o rincón oscuro nos abrazábamos, nos besábamos largamente. Una noche, Clelia, la esmeralda, me miró con ojos angustiados y pasó sus manos por entre mi camisa. Me estremecí entero. Se hizo costumbre y sus caricias descendían cada vez más.

Quizás había terminado el Mes de María, no nos importaba. Nos besamos y estrujamos violentos; sentía ansias de gritar, de reír, de llorar. Se me secaba la boca y me llameaban los ojos cerrados, mientras sus manos me descubrían. El universo había desaparecido. Me tomó una mano y la llevó bajo su ropa. Allí estaba la vida agazapada, tibia y húmeda.

¡Oh!, Clelia mía, ¿qué hacen tus manos ahora?

Con la respiración entrecortada, no podíamos terminar las palabras.

—Vamos —dijo—, vamos a la Puntilla.

Era un pedazo de cerro despoblado, un balcón frente al océano.

Por el camino mostró un inusitado interés por contarme una extraña historia.

—Hablan mal de mí, pero no creas.

Tenía urgencia en que la comprendiera.

En la Puntilla caminamos a tientas, distinguíamos vagamente formas y contornos, hasta una pequeña hondonada.

—Ven —me dijo.

Pero yo seguía de pie.

Sentí que se reía suavemente.

Empecé a besarla.

Seguí besándola.

Se reía más fuerte.

No hablaba, únicamente se reía por entre mis labios.

Finalmente se levantó y desapareció en la noche. Por el aire, lejano, llegó su risa, sólo su risa.

Recuerdo el viento y las estrellas que miraban mi desamparo.

Cuánto me ha dolido tu risa, ¡oh, Clelia Stefans!, y ese pedazo de felicidad que pasó sin tocarme.

José Miguel Varas

Sonata de Avenida Matta

José Miguel Varas. Santiago, Chile, (12 de marzo de 1928 - 23 de septiembre de 2011).

Hizo estudios primarios y secundarios en Santiago, principalmente en el Instituto Nacional. Estudios incompletos de derecho y de pedagogía en castellano en la Universidad de Chile.

Obras publicadas: *Cahuín*, en 1946. *Porai*, novela, 1963. *Chacón*, biografía, 1967. *El correo de Bagdad*, novela, 1994. *La novela de Galvarino y Elena*, novela, 1995. *Cuentos de ciudad*, 1977. *Cuentos completos*, 2001. *Neruda clandestino*, 2003. *Los sueños del pintor*, novela, 2005. *El seductor*, cuentos, 2006. *Conducta de un gato*, cuento, 2007. *Milico*, novela, 2007. *Tal vez nunca*, crónicas nerudianas. 2008. *La Huachita*, cuentos, 2009. *Los Tenaces*, crónicas, 2010.

Premio Municipal. Premio del Consejo Nacional de Libro y la Lectura. Premio del Círculo de Críticos de Arte. Premio Altazor. Premio Marta Brunet. Premio Nacional de Literatura.

Sonata de Avenida Matta

El músico está en el parrón, dormido a tal profundidad que no se ha percatado de las complejas maniobras de los satélites del capitán Morcillo para levantarlo en andas, subirlo peligrosamente por una escalera de pintor manchada de pintura, y dejarlo encima del parrón, que en esta época del año tiene pocas hojas.

Todo este trasiego no ha llegado a turbar su sueño negro y total, en el que suele caer al quinto día de tinto incesante. Tiene los brazos abiertos y conserva, bien atornillada en la cabeza, su boina desteñida de cuarenta inviernos, ya no negra sino violácea, como la borra que dejan en los vasos los vinos pésimos. Viste el chaquetón negro de manta de Castilla que le conocimos poco después de su llegada de Concepción. Derrumbado de boca sobre los travesaños y los alambres que sirven de guía a las guías, y en parte sobre los troncos nudosos de las parras, parece un gran jote atrapado en una telaraña.

El autor de la broma es el capitán Morcillo, dueño de un gran bigote autoritario, tan bromista él: Ya, oye, pongamos al músico encima del parrón a ver qué hace cuando despierte, dirige la operación y anima a los otros con sus carcajadas broncas. Pero lo cierto es que la alegría de sus dos satélites de siempre, Mora y Morales, adheridos a él por subordinación jerárquica y sobre todo por su energía feroz y su fácil liquidez para cubrir el consumo de líquidos, suena a hueco. Demoran el operativo con diversos pretextos y con motivos reales, como la fragilidad de la escalera. También, pero no lo dicen, por la

inseguridad de movimientos que les producen los innúmeros tragos. Finalmente, los dos hombretones logran izar al músico con gran esfuerzo, sudando, este huevón pesa más de lo que parece, cada escalón un resoplido, casi un grito, el capitán ayuda desde abajo empujando el cuerpo inerte por el trasero, pero no se atreve a exponer el peso de su propio cuerpo en la escalera cimbrante. Y, por fin, ya está Cirilo Cantín Colún, músico, encumbrado sobre el parrón y los dos changadores ríen servilmente, haciendo eco a las risas del capitán.

Ninguno piensa en las consecuencias de una prolongada exposición a la intemperie para la salud del músico. Es uno de esos inviernos atroces de Santiago, secos y picantes en la garganta, con heladas matinales y soles tísicos al mediodía. Y ni una gota de humedad.

Doña Derlinda y Palmira, la cocinera, se han ocultado. No quieren saber nada, no quieren presenciar este abuso, tal vez les da pena o nosequé por el músico, alegría de las reuniones con las polkas, polonesas y cuecas porteñas que ejecuta en el piano vertical del salón, pero tampoco se atreven a enfrentar al capitán Morcillo, al que ven gigantesco (no lo es tanto en realidad, es que ellas son chatas), incontrolable y temible, pero indispensable por su calidad de cliente frecuente y generoso. Tampoco se ve en el patio levantando polvo con su escoba rala de paja, a la más vieja de todas, Antonia, la tuerta, jubilada de tareas eróticas pero útil todavía, en el aseo y ornato, o en la cocina, picando cebolla.

Las tres damas menores que constituyen el resto del personal, aguaitan la operación entre risitas. Una de ellas, la chica Nelly, morena de Iquique, ha adquirido una prosa que no se le conocía desde que el Capitán se encaprichara o empotara con ella, mira con desprecio a las viejas y con cierta condescendencia a las otras jóvenes, su hermana Lucy que siempre abre mucho los ojos (le han dicho que los tiene grandes) y también la boca; y la Guillerma, huasa colorada y espalduda, imperturbable aunque de pronto se ataca de risa sin saber por qué.

El Capitán Morcillo se atusa el bigote y ordena: díganles a las viejas que nos hagan otra ponchera, una de clery, bien goteado con coñac, mientras nos van preparando una cazuelita de ave. Los dos satélites aplauden, se ríen, mueven la cola y parten detrás del jefe hacia el salón de la casa. Al salir del patio, Morales le echa una mirada al pájaro negro crucificado sobre el parrón y sacude involuntariamente la cabeza como para borrarlo.

El músico siente que flota y se cimbra en el espacio por encima del Monte Calvo, silban en sus oídos las cuerdas y los bronces del viejo Musorgsky, al parecer un cóndor lo lleva por los aires y alcanza a ver, muy abajo, un cuadriculado de casitas, con sus tejados, sus patios minúsculos cada uno con un naranjo, o un limonero, algún parrón. Un perro flaco alza la cabeza al verlo pasar y de la impresión se queda mudo, sin ladrar, y él le hace una venia desde lo alto. La ropa puesta a secar flamea en muchos alambres, hay artesas de madera llenas de agua lechosa y un niño solo sentado en una bacinica y metiéndose un dedo en la nariz. Siente resonar en su interior un motivo simple infinitamente pesaroso, que nunca ha puesto en la pauta, pero que tiene ya su desarrollo, se manifiesta, se desintegra y escapan sus componentes en diversas direcciones y tonalidades para recomponerse otra vez de otra manera reconociéndose, pero ya no es el mismo, y lo recorre de nuevo con un placer doloroso, es su eternamente inédita Sonata de Avenida Matta, la rima le molesta, le molestaba antes, ahora parece que se acostumbró a ella y hasta le suena bien: Sonata de Avenida Matta, de Cirilo Cantín Colún, para piano, guitarra y cello.

Vuela ahora sobre retazos de campo sembrados de papas, de acelgas, de betarragas tal vez, bordeados de árboles desnudos. Siente pesadumbre por una mujer ajena que se ríe con las mejillas chupadas y muy pocos dientes, una guagua rodeada de moscas en un cajón y unos niños enfermizos que tosen a compás, lo invade esa cosa gris, esa angustia con sabor a trapo sucio que lo persigue, o es que comienza la terrible náusea del

quinto día. Huye como puede hacia adentro, como siempre, se refugia entre las frondas del cerro Caracol y después se ve niño de pantalón corto comiendo barquillos bajo los tilos de la plaza, mientras su mamá teje y los acordes acuosos de los Reflejos en el Agua del hermano Debussy se funden con el motivo de su sonata. El recuerdo lo pone lacrimoso y a la vez lo alegra, mejor pensar en eso que en la cosa ploma. Algo se le clava en la espalda, ¿serán las garras del cóndor?, se retuerce, siente que está atado o enredado en ramas ásperas. Y adónde me va a llevar este pájaro, con tal que no me deje caer... ¿o será que ya me largó encima de un árbol?

Al salir de la cocina hacia su cuarto, arrebuja en un chal color cáscara de papa, la Antonia percibe de pronto la sombra negra del hombre encima del parrón. Se queda absorta mirándolo, forzando el ojo bueno, con la boca abierta, hasta que lo reconoce: ¿Que no es don Cirilo? Corre, angustiada, a la pieza de la Derlinda. La encuentra sentada al lado de la mesita redonda, muy agachada sobre un diario abierto que lee a través de una lupa, con ojos muy fruncidos, formando las palabras con los labios.

Oye, Derlinda oh, viste lo que hicieron estos, tiraron a don Cirilo arriba del parrón...

¿Ah, sí?, la Derlinda sigue leyendo el diario.

¿Pero cómo tan tranquila! Se puede morir ahí, está haciendo mucho frío, ya luego oscurece. ¿No quedarás que se muera en tu casa?

¡Pucha, oh! Ya ni me dejan leer el diario, oh. Ya sé, ya sé que lo tiraron ahí, son las travesuras del capitán, ¿qué quieres que haga?

No sé. Pídele que lo bajen, si algo le pasa en tu casa tú vai a tener que responder, Derlinda oh. ¿No te dai cuenta?

Este... no sé, oh. No se saca nada con hablar con el capitán cuando se le pone algo, tú sabes como es. De aquí a un par de horas se van a irse, una vez que terminen de curarse y se coman la cazuela, el capitán seguro se va a quedar encamado.

Y además, ¡qué tanta cuestión, si a los curados no les pasa ná!, termina enfurruñada y vuelve a inclinarse sobre el papel.

La Antonia la mira con la mayor severidad de su ojo único: ¿Cómo podís ser tan inhumana, Derlinda? Con todo lo que don Cirilo nos alegra la vida... ¿Sabís qué? Yo voy a ir a hablar con el capitán.

Seguro que a vos te va a hacer caso, sin apartar la vista del diario.

En el salón el capitán tiene sentada a la Nelly sobre su rodilla derecha y a la Lucy sobre la izquierda. Dirige alternativamente su atención y aplica gruesos pellizcos a una y otra dama, las que se retuercen y dejan escapar chillidos muy agudos. Mora y Morales manosean desde ambos lados, arriba y abajo, a la Guillerma que de vez en cuando se sacude y los aparta como a moscos cargantes sin hacerles juicio, mientras va llenando con un cucharón los elegantes vasos de vidrio con motivos de racimos, hojas de parra y guías en espiral, con el líquido sonrosado y espumoso que llena la gran ponchera, donde flotan trozos de frutas.

El capitán bebe y protesta: esto parece agua de las Carmelitas, échale más malicia. La Guillerma vacía en la ponchera la mitad que queda de la botella de coñac. Los satélites aplauden y ríen haciendo coro al mugido del jefe.

En la puerta aparece de pronto la Antonia, con su gran nariz y su ojo llameante. Hay una especie de escalofrío y un gran silencio. La miran con asombro, como con miedo.

Capitán, cruje la voz de Antonia, no pueden dejar a don Cirilo arriba del parrón.

El capitán demora en responder, empieza a ponerse rojo: ¡Quién dijo que no podemos! Y a vos, ¿quién te autorizó para venir a meterte aquí, tuerta de mierda? Anda, mejor, a barrer el patio.

La Antonia levanta un dedo largo y torcido provisto de una gran uña curva: Si se muere, a usted le va a caer la culpa, capitán.

El capitán está granate, parece a punto de estallar. Emite unos sonidos inconexos, pero se refrena, se pasa la mano por el bigote, tal vez reflexiona: ¿Y por qué se iba a morir, ah? Se le subió al parrón todo cuidado. Y lanza su gran carcajada selvática, su grito de Tarzán.

Y la Antonia: Y usted, ¿acaso no se da cuenta del tremendo frío que hace? Ya es casi de noche y don Cirilo ahí a todo imperio, en una de esas con el penetro se despacha, si ya lleva como dos horas helándose arriba del parrón.

Algo del frío de afuera llega al salón. El capitán se revuelve incómodo, parece indeciso. Mora, Morales y las niñas lo miran en silencio. Pero vuelve la risa del jefe y todas las caras, automáticamente cambian, sonrén. Los ojitos le relumbran de malicia: Muy bien, doña Antonia, ya que el músico le preocupa tanto, ya me imagino por qué, lo vamos a bajar. Pero usted se hace cargo de él. Ordena: Ya, ustedes dos, muévanse, hay que bajarlo del parrón y dejarlo en la cama de la Antonia.

La Nelly, la Lucy y la Guillerma palmotean. Los satélites salen detrás de la Antonia.

El capitán Morcillo produce un borboteo intermitente, como una olla que hierve, es su manera de reírse entre dientes: Quisiera ver la cara de ese infeliz cuando despierte en la cama de la tuerta y con ella al lado, va a creer que está en el infierno, juá, juá.

La Nelly se tapa la cara y se dobla en un ataque de risa poco natural. La Lucy la imita. La Guillerma se queda parada, con una vaga expresión risueña o como si fuera a bostezar, o a llorar.

Bueno, ¿y? ¿A ver ese ponche, tengo el guar güero seco, y qué pasa con la cazuela?

Todos beben. La Guillerma corre a la cocina a preguntar por la cazuela. Desde el lado del parrón se oyen ruidos y voces: A ver... No, oh, ¡te digo que no! Espera, espérate, yo lo voy a irlo descolgándolo de a poco y tú me lo recibes. ¿No vis que está muy enredado en los alambres? ¡Oye, pero oye! No se nos vaya a venir guardabajo. Mejor que uno se suba al parrón,

grazna la voz de la Antonia. Se escuchan forcejeos, resoplidos, maldiciones, luego crujidos y la detonación seca de un madero que se quiebra. ¡Chucha, compadre! ¡Esto se viene abajo! Oiga, oiga... ¡Guaaarda!

En el salón el capitán bebe uno tras otro tres vasos de ponche, sin dejar de poner oreja al barullo exterior. Voces desde afuera: Ya, oh... Oye, hueón, se vino abajo este encatrado por el lado de allá. Suerte que no se nos cayó el gil. Espérate. ¡Sujétalo vos! Y tú, Antonia, ¡ayuda también, pus!

El capitán se sacude a las dos niñas de las rodillas y se pone de pie. Se asoma al patio y ve el parrón semiderrumbado por una esquina, entre palos quebrados, como un barco que se va a pique. Ya los dos y la Antonia van completando el descendimiento del exánime. Luego lo llevan en andas, tambaleándose, por el patio musgoso y resbaloso, hacia el hueco negro de la puerta de la Antonia, que es la última antes de la muralla medianera.

El capitán sacude la cabeza y regresa al salón, donde las dos niñas se acomodan de nuevo en sus rodillas a una señal. Bebe otros dos vasos de ponche y se enjuga el bigote con dos dedos.

La Palmira hace una entrada triunfal. En una bandeja trae la enorme sopera humeante y el buen aroma de la cazuela, de la grasa de la gallina, de las hierbas, se esparce por la habitación. Detrás de ella viene la Derlinda, con cara compungida, trayendo los platos y las cucharas. La sigue la Guillerma que trae pan en un canasto abierto, un chuico de vino y un lebrillo de greda con salsa de ají colorado, todo lo cual coloca junto a la sopera encima de la mesa.

Arrastran sillas, los satélites arriman a la mesa el sillón del capitán, quien entretanto contempla, asomado al patio, el parrón semi hundido. La Derlinda, a su lado menea la cabeza. Vuelve la risotada del capitán: Se ve que tu parrón está apolillado... no te preocupes, vamos a ver como arreglamos ese estropicio.

La Guillerma trae cañas para el vino. Beben y comen con aplicación. Las caras enrojecen y comienzan a brillar. La Palmira

trae un lavatorio con ensalada chilena. El capitán brinda por esta casa hospitalaria que siempre nos acoge con amor. ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! Las presas de la robusta gallina desaparecen con suma rapidez. Las niñas sorben la sopa espesa, con chuchoca. Mora y Morales demuestran una voracidad ilimitada, atragantándose con la carne blanca y las gruesas papas untadas de ají.

El músico Cirilo Cantín Colún percibe en torno un vocerío confuso. Siente que la gente lo aclama, pero no hay aplausos. Sus admiradores lo tironean, lo toman en andas, esto no ocurría en Chile desde los tiempos de Caruso, nunca la música de un autor nacional... Pero, ¿por qué tanto frío? Un hoyo negro se lo traga, le zumban los oídos, hay un gran silencio, como el aliento de un pozo profundo. ¿Será que me quedé sordo como el Sordo Maldito? De nuevo voces confusas, se siente trajinado por muchas manos, balanceado con brusquedad, piensa que lo llevan detenido. Es un error señor carabinero, yo no fui. Lo dejan caer, trata de gritar pero no puede. Hay un olor animal. O humano, una tibieza de establo, y aterriza sin dolor en una cama desconocida. Por un instante lo hiere una luz brutal, esas voces de nuevo, oscuridad, silencio.

Considera la posibilidad de su deceso. Tal vez estoy muerto. Lo envuelve una oleada repentina de frío. Tirita, le castañetean los dientes. Una voz cascada le dice: Ya, ya, abríguese, ya va a pasar. Siente unas manos que lo arropan, le echan encima una frazada con olor a meado de gato. Ya ya, descanse, ya se le va a pasar el frío don Cirilo, ¿quiere que le traiga un caldito, un tecito? Trata de responder, pero el frío no lo deja, sus dientes de arriba y de abajo se entrechocan. Se envuelve aun más entre ropas confusas. Silencio, oscuridad. Abre los ojos pero no ve absolutamente nada. De pronto estalla una luz que lo ciega. Vuelve a negro y al cabo de un tiempo tiembla la luz de un fósforo, surge una vela encendida en una palmatoria que alguien coloca sobre un cajón. La misma voz, áspera y sedante. Ya ya, tranquilo, le traje un caldito. Una mano protectora le levanta la cabeza y acerca a su boca una cuchara con un líquido

muy caliente. Lo bebe, quemándose, pero aguanta, valiente, agradecido. Está volviendo la vida. Otra cucharada, otra más. El caldo avanza, siente que corre por sus venas. Suspira. La mano deja con gran suavidad su cabeza sobre la almohada. Se estremece. Siente calor y se pone a sudar como un caballo, piensa. Cierra los ojos. Siente que un cuerpo se desliza a su lado entre las frazadas y se le apega. Esto es bienestar, ¿estaré en el cielo?

Cuando abre los ojos minutos después o puede que horas, semanas, años más tarde, una luz débil entra por una pequeña ventana que está muy alto, cerca del cielo. Se siente protegido y tibio. Piensa que la Sonata debería culminar en un final tibio. No triunfal, de qué triunfo se puede hablar, apenas el triunfo de una persistencia porfiada de la vida. O menos que eso, de un calorcito en los huesos. Tal vez, el cello podría expresar esa sensación mejor que el piano y la guitarra, aunque a ellos les corresponde también un papel, una especie de percusión de la mano izquierda y un leve comentario melancólico, apenas audible, punteado en sordina en la guitarra.

A su izquierda le parece escuchar un quejido o un suspiro. ¿Dónde estoy? En una cama. Obvio. Pero de quién, con quién. Se da vuelta con esfuerzo y ve, delineado a la luz gris, el perfil de gárgola de la Antonia. Su rostro sumido y arrugado, los ojos cerrados. El ojo cerrado. El único. Se estremece. Se queda mirando largamente esa cara. No piensa en nada. No quiere interrumpir el largo silencio tibio.

De pronto se abre el ojo único de la Antonia y choca con la mirada del músico. Este advierte por primera vez que ese ojo, muy grande, rodeado de un cráter oscuro más café que negro, tiene reflejos verdosos y en el centro, en torno del iris, una serie de pequeñas barras doradas dispuestas como los rayos de una rueda. Carraspea e intenta decir algo, aunque no sabe qué se puede decir en estos casos. La vieja mujer murmura: ¿Y cómo se siente ahora? Bien, dice en un suspiro.

Afuera hay ruidos, voces, una risa brutal. Una voz gruesa: Vamos a ver a los tórtolos. Una voz de mujer: Ya está bueno,

déjenlos tranquilos. La voz gruesa insiste. De pronto la puerta se abre y entra una bocanada de aire helado y una luz yerta de amanecer de invierno. La voz: Ahí están, mírenlos, ¡la parejita feliz!

Cirilo Cantín Colún se sienta en la cama, inundado por una repentina marea de indignación: ¿Qué es esto, señor? No se entra sin golpear a la pieza de una señora, dice severamente.

El capitán Morcillo no encuentra palabras, trata de lanzar una de sus risotadas, pero no le sale. El resto de la compañía guarda silencio, Mora y Morales tienen expresión de idiotas y los ojos vidriosos. Las tres mujeres con la cabeza gacha, cada vez más gacha.

Poli Délano

La envidia, hermana

Poli Délano. Escritor chileno nacido en Madrid en 1936. Estudios: Pedagogía en Inglés (Universidad de Chile), Literatura Norteamericana, Catedrático titular en Universidad de Chile (1965-1973). Autor de las novelas: *En este lugar sagrado*, *Piano-bar de solitarios*, *El amor es un crimen*, *Y tú no me respondes*. Y de los libros de cuentos: *Dos lagartos en una botella*, *Rompiendo las reglas*. Premios: Casa de las Américas (Cuba), Premio Nacional de Cuento (México), Premio de Novela Deportiva (Colombia), Premio Municipal de Santiago en tres oportunidades.

La envidia, hermana

Le voy a decir, señora Natalia, que a esa desvergonzada de la Raca, el Manuel y yo la conocimos durante la última Pascua, que en mala hora fuimos a pasar en casa de mi cuñado Raúl. La tonta parecía tener apenas unos dieciocho años y era rellenita, alegre, de las que no se despintan nunca la sonrisa, como si se la hubieran fijado con pegamento, pese a que también los ojos le sonreían y le bailaban, hay que reconocerlo, y eso resulta siempre mucho más peligroso, digo yo, porque de miradas así se puede prender cualquier hombre si aún no ha aprendido a distinguir oro de plata. Que una sea más plana de pecho y tenga unos cuantos centímetros menos de estatura no es lo que realmente importa cuando detrás de las apariencias se esconde un corazón firmeza. Porque corazón es justo lo que a la Raca le falta. Pero confieso que lo que me sacó los choros del canasto esa noche fue que la muy descarada no se hubiera puesto sostén y entonces sus tetas, que tampoco son gran cosa, temblaran a vista de todos como esos flanes napolitanos que sirven de postre en los restaurantes chic, bien tiritonas, y con los pezones empujando la tela de la polera. Me ardía la sangre de rabia, porque estoy segura de que mis pechos —al desnudo— son más bonitos que los de ella, aunque no tengan esa misma fuerza. Yo reconozco a una mujer de la vida de mirarla no más, señora Natalia, créame; y eso se debe a que una hermana mía practica la profesión. No es aficionada, como la Raca, sino de las que cobran pasando y pasando, puta puta. Se da vueltas por las noches en la esquina de Jofré con Vicuña Mackenna esperando ensartar a sus clientes

y llevárselos a algunos de los hoteles parejeros que abundan por ahí, aunque la verdad es que ya estaba bien adelantadita desde antes de venirse a Santiago. Con decirle que a los catorce años se enredó con el padre Aníbal, un cura que domingo por medio llegaba a Catamutún desde Valdivia para decir misa en la capilla que hicieron construir los patrones en el fundo. “Acompáñeme al pozo, padre, a traer agua”, le dijo ella una tarde, y ya los dos en la aguada, ocultos en una como cabañita formada por los coligües, se le deslizó por debajo de la sotana. Y yo lo sé muy bien, ya que los seguí sin que se dieran cuenta, muerta de rabia. ¿Por qué ella podía y yo no? A mí nunca me puso la mirada encima el maldito cura, aunque fuera yo misma la que le juntaba las monedas cuando decía misa. También era yo la que pensaba en él todas las noches tocándome ahí hasta que me dieran escalofríos, la que día a día esperaba mordiendo las uñas a que llegara el domingo para verlo, imaginando cosas, la que hasta se aprendía de memoria las oraciones con el propósito de gustarle. Pero tuvo que ser en el cuerpo de mi hermana que se metió el demonio para tentarlo, ya que si bien de ojos, nariz y boca soy la más linda, a mí nunca siquiera me miró el padrecito Aníbal.

Es verdad que la Elvira es un poco más alta, y más redondita también; pero yo soy la mejor, ¡entonces por qué mierda! me pregunto.

Ella se vino a Santiago antes que yo, para emplearse de doméstica con una amiga de los patrones. Cuando llegué a la capital, como dos años después, y quise verla, ya no trabajaba en esa casa, fíjese usted, aunque allá en el fundo todos creíamos que sí. Perdida en esta tremenda ciudad, igual que una huasa, dar con su paradero me costó muchas vueltas, desvelos, bastantes preguntas por aquí, por allá, en los almacenes, la carnicería, el zapatero, para qué le cuento, tuve que tocar muchos timbres del barrio pidiendo informaciones, hasta que en esa esquina que le digo, la encontré una noche, más o menos a las diez, muy pintada, con una falda corta y tacones muy altos. Me miró

primero como si estuviera frente a una aparición y no entendiera que esa persona que la miraba con ganas de abrazarla era yo misma, qué podía estar haciendo su hermanita en ese lugar, si esto era Santiago, no el sur, pero luego cayó en la cuenta, me echó los brazos encima y dijo que esa noche se la tomaba libre, que fuéramos a comer algo juntas para hablar de la familia. Mi alma se llenó de sonrisa y sentí cosquillas en todo el cuerpo de sólo imaginarme vestida con esa misma pinta de la Elvira, bajo el farol de una esquina, cadereando y balanceando el bolso para llamar a los hombres.

La Raca en cambio no anda “patinando” en las calles como mi hermana, ni ejerce tampoco en una casa de masajes, sino que trabaja de mesera en una cantina de Estación Central. ¡Pero de que es puta, es puta! Una noche que me quedé aguaitando desde la puerta de El Bodegón, pude ver cómo los tipos que tomaban vino y jugaban cacho en las mesas, le lanzaban sus agarrones mientras ella pasaba a servir algún pedido, y la muy puta los dejaba, como si nada, de lo más tranquila, sin despintarse la sonrisa, meneando ese culo que quién sabe con cuántos esfuerzos conseguía embutir en una falda que dejaba ver enteritas sus piernas cortas y gruesas, resaltadas por esas medias negras que las propias putas inventaron para incendiar el deseo de los hombres... La rabia me hizo temblar estas carnes que Dios me dio y sentí ganas de matarla, porque algo me decía que yo nunca iba a lograr ese desplante con que la muy descarada estaba descocando a mi Manuel. Y no es que esto me importara mucho; señora Natalia; si lo que me desesperaba era no juntar yo misma el poder para derretirlo en mantequilla; a él o a cualquier otro. ¿Por qué sería? Quizás cosas de Dios y del Diablo.

Cuando dieron las doce en la casa de mi cuñado Raúl digo así aunque Manuel y yo sólo éramos pololos o, digamos, novios, brindamos con un vaso de vino, cantamos “noche de paz, noche de amor” y luego se entregaron los regalitos que todos habíamos colocado alrededor del árbol. Para mí, el Manuel

tenía un florero de vidrio azul parecido al que pone la señora Luz en el comedor, aunque más bonito. Me gustaba desde una tarde que lo quedamos mirando en una vitrina de la Alameda. Me sentí feliz, porque yo a él le había comprado un cinturón de cuero que también me costó harto caro.

Después de que cada uno abrió su regalo y nos dimos abrazos, empezó el bailoteo y hasta ahí no más me duró la felicidad, porque al parecer la Raca ya le tenía el ojo echado a mi Manuel y no quiso despegársele en toda la noche, baila que baila sin parar, y como yo no le pego mucho al baile, porque en el campo no se usa, tuve que morir pollo no más, y pasármelo sentada, conversando leseras con Raúl, con la Florinda, mi cuñada, y yendo de rato en rato al baño, para mirarme en el espejo y preguntarme casi llorando de impotencia por qué ella sí y yo no. La Raca se le pegaba con su cuerpo y le decía cosas al oído, mientras que yo no sabía ni bailar.

Ahí empezó todo, señora Nata, esa Navidad, y cuando un tiempo después al Manuel le dio con verme poco, comprendí que algo andaba mal y me dije con firmeza “yo lo averiguo, ni tonta me voy a quedar de brazos cruzados”. Una noche llegué al Bodegón, a puro mirar para hacerme una idea, sabiendo que el Manuel andaba trabajando, y con estos ojos que usted ve me cercioré de la clase de mujer que era esa tal Raca, para qué le digo. Los hombres parecía que se incendiaban y yo me moría de rabia al ver cómo las propinas se las metían por la blusa, en la ranura de los pechos, y ella risa y risa, y yo ardiendo, mordiéndome la lengua, amarrándome las manos y las piernas para no correr a matarla. A mí no se me alcanzaba a formar esa ranura. Se habrían caído al suelo las monedas.

La segunda vez que fui al Bodegón, Manuel estaba solo, sirviéndose una caña de vino tinto, y cada vez que pasaba la puta por su mesa, se detenía y le hacía algún cariño. Sentí que algo dentro de mí se daba volteretas igual que si lo remeciera un viento fuerte y le confieso que mi alma empezó a desmoronarse, como que hasta tuve que arrimarme a la pared y vomitar lo que

había tragado un rato antes. No vaya a pensar que eran celos, era otra cosa, créame, lo de siempre, esa maldita pregunta, por qué ella sí y yo no, igual, lo mismo que con mi hermana Elvira: por qué Dios no quiso darme la fuerza de carácter para hacerlos arder como ellas... Ahí estaba el asunto, pensé para mis adentros con mucha amargura, y me devolví a la casa hecha una piltrafa, porque de pronto se me iluminó la ampolleta y supe a las claras que ya no había vuelta. La Raca lo desarmaba con una sola sonrisa caliente, mientras que yo, en seis meses que llevábamos juntos, todavía no le veía el ojo a la papa, con esa lesera de que cuando una se va a casar es distinto, otra cosa, hay que abstenerse, y qué tanto, pienso, si a mí más de alguien ya me había hecho ver estrellas, aunque Manuel no lo supiera. Sin embargo, en el camino decidí jugarme el todo por el todo y cambié de rumbo, aunque después me echara la señora Luz de sus servicios. Me fui a la pieza que arrendaba Manuel decidida a tomar el toro por las astas y hacerlo reventar de placer esa noche. Lo esperé muy despierta, sentada en una silla al rincón, hasta que llegó y entró a la pieza sin hacer ruido. Cuando en total silencio y a oscuras se estaba quitando la ropa, esta debilidad de mi carácter me traicionó de nuevo y, en vez de empezar a desnudarme yo también, lo sorprendí al preguntarle con la voz firme y toda la sangre fría de que fui capaz que de dónde venía, recordándole que ya eran las tres de la mañana. Me respondió con una voz que lo hacía parecer más borracho de lo que en realidad estaba. A mi no es fácil pasarme gato por liebre, señora. Que por qué estaba ahí, preguntó sin mirarme. Su chiva fue que con unos amigos habían ido a jugar una partida de dominó, regadita con borgoña para refrescar la noche. “¿Para qué mientes le dije, crees que no sé en lo que andas?” Que no me pusiera huevona, respondió él, que lo dejara dormir. “¿Eso crees, ah, que no sé? ¡Yo te voy a decir dónde anduviste, maricón de mierda: en El Bodegón, ahí anduviste, y te voy a decir con quién!”... Me lanzó un manotazo que me dejó ardiendo la oreja, que se callara la conchasumadre, gritó,

y lo dejara descansar. Me puse a llorar en silencio, pero no de pena, se lo juro, sino de rabia, lo mismo, siempre lo mismo y después de un rato largo, cuando sentí que él empezaba a quedarse dormido, me llegaron las visiones de la puta, con esa sonrisa de lado a lado, cimbrando sus tetas y meneando el culo, y entonces volví a la carga: “¿Así que dominó?”, pregunté, con el odio laténdome en las venas.

Y aquí estoy, señora Natalia, por favor acépteme en su casa, le juro que no la voy a defraudar; en menos que canta un gallo aprenderé los secretos del oficio, y entonces la Raca y mi hermanita van a parecer monjas de convento al lado mío.